

PREFACIO

Invocar la nostalgia del pasado, aunque sea solo por instantes, es como tratar de apresar entre los brazos el color jacintino de la distancia. Pero, si se consigue, su dulzura es como la fragancia suave y fugitiva de las flores de primavera desecadas con bergamota y laurel. Cómo brotarán las lágrimas al leer en algún viejo pergamino: «A mi querida hija, mis alhajas y mi sortija». O en cartas amarillentas, con el amor aún fresco y hermoso, aunque la tinta se haya ido desvaneciendo: «Buenas noches, amor mío, y que Dios te tenga de su mano». Lo que para ellos fue presente, ¡qué difuso es ahora! El pasado es un presente convertido en mudo e invisible; y puesto que es mudo e invisible, el recuerdo de sus miradas y sus murmullos es infinitamente precioso. Somos el pasado del mañana. En este mismo momento nos vamos borrando como las imágenes pintadas en las esferas móviles de los relojes antiguos: un barco, una cabaña, el sol y la luna, un ramillete de flores. La esfera gira, el barco asciende y se hunde, el sol pintado de amarillo se pone, y nosotros, que éramos lo nuevo, vamos adquiriendo un carácter mágico. El zumbido de las ruelas de hilar ha cesado en las casas, y ya no oímos los pedales del telar, el rumor rápido y sedoso de la lanzadera, el golpe sordo intermitente del batán. Pero la imaginación lo oye todo, y esa es la melodía del romanticismo.

Cuando las cosas antiguas son también objetos propios del campo, es más fácil escribir sobre ellos porque existe una permanencia

en la vida rural, una continuidad que hace que el lapso de los siglos parezca un segundo.

En el condado de Shropshire, la dignidad y la belleza de los objetos antiguos permanece, y he tenido no solo la fortuna de nacer y crecer en su atmósfera mágica, de tener muchos amigos en granjas y casas de campo que, con su conversación y sus recuerdos agradables han estimulado mi imaginación, sino también de gozar de la compañía de una mente privilegiada como la de mi padre; una mente llena de cuentos y leyendas que no procedían de los libros, rebosante de amor por la belleza de los bosques y los campos cultivados, tanto más intenso, tal vez, cuanto que tuvo escasas oportunidades de expresarse.

En relación con la antigua costumbre de los «comedores de pecados», me doy cuenta de que se me ha adelantado William Sharp y ha escrito con gran talento sobre el tema. Sin embargo, los «comedores de pecados» eran tan conocidos en la frontera galesa como en Escocia, y John Aubrey menciona a uno que vivía en «una casita en el campo en la carretera de Rosse» y era un «pobre desgraciado».

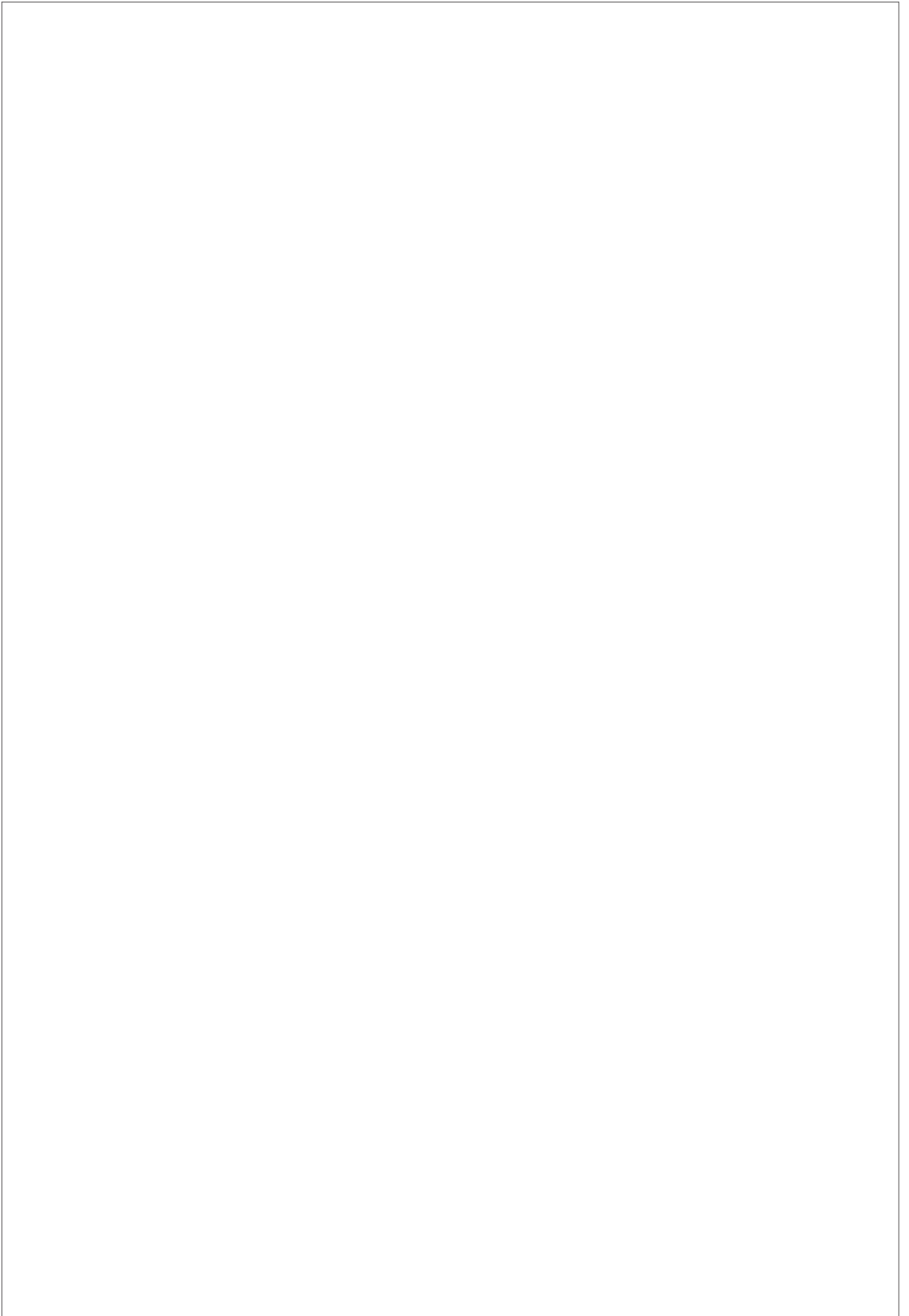
Deseo expresar aquí mi agradecimiento a las autoras de *Shropshire Folk Lore*¹ por las rimas de *Green gravel* y *Barley bridge* y por la confirmación de varias costumbres que solo conocía de oídas, así como a los tejedores de Somerset, que en fechas recientes me han permitido ver los telares y ruecas manuales todavía en uso.

MARY WEBB
Mayo de 1924

¹ Recopilación editada por Charlotte Sophia Burne y Georgina Frederica Jackson en 1883 (*N. de la T., como todas las demás*).



LIBRO PRIMERO



1. LA LAGUNA DE SARN



La primera vez que vi a Kester fue en una «fiesta del hilado». Y si en estos tiempos modernos en que los extraños inventos nos invaden, cuando oigo decir que en algunas partes del país se está utilizando una máquina para segar y cosechar, resulta que quienes están leyendo esto no saben qué es una fiesta del hilado, ya se enterarán en su debido momento. Y aunque se trataba de la fiesta del hilado de Jancis Beguildy —que tenía entonces veintitrés años, dos más que yo—, la verdad es que este no es el principio de la historia que quiero contar.

Kester dice que todas las historias, sean reales o fantasía, se remontan más allá de la infancia, incluso antes de que la criatura duerma en una cuna de juncos. A lo mejor quien lee esto no ha dormido nunca en una, pero en Sarn todos tuvimos una cuna de juncos. En Sarn hay muchos juncos, y a la vieja señora Beguildy se le daba muy bien trenzarlos alrededor de un aro de tonel. Luego les ponían unas patas de mecedora y así se fabricaban unas cunas limpias, blandas y verdes, de manera que el nene se sentía tan a gusto como una oruguita en su capullo —futuras mariposas pintadas, las llama Kester—. Kester ve así las cosas. No dice nunca orugas sino, por ejemplo, «Hay muchas futuras mariposas en las coles, Prue». Tampoco dice «es invierno» sino «el verano duerme». Y por pequeñas y pálidas que sean las yemas, Kester dice que ya empiezan a brotar las flores.

Pero todavía no ha llegado el momento de hablar de Kester. Ahora quiero contar la historia de todos los habitantes de Sarn, de madre, Gideon y yo misma, de Jancis —que era tan bonita—, del brujo Beguildy y de las dos o tres personas que vivían por ahí. Siempre hubo poca gente, y a lo mejor seguirá siempre así, pues es un sitio un poco triste. Quizás sea por el rumor del agua, año tras año: mires donde mires, oigas lo que oigas, el agua está siempre presente; o quizás sea por los grandes árboles que esperan y meditan a izquierda y derecha; o por la imperturbable calma del lugar, como si lo hubieran creado para tiempos pasados y no para nosotros. O quizás se deba a que la tierra es pobre y pantanosa, con hierba escasa y poco nutritiva, como suele suceder ahí donde los juncos, las cañas y las primaveras crecen en abundancia. Quizás las conozcan con el nombre de primulas, pero aquí siempre las hemos llamado primaveras. Era un espectáculo maravilloso ver los prados de Sarn cuando las primaveras estaban en flor. Estaban cubiertos de oro y parecía que ni siquiera los pies de los ángeles eran dignos de pisarlas. Se podía hacer un ramo antes de que al zorzal le diera tiempo a cantar dos veces, porque bastaba con cerrar las manos. Miraras adonde miraras, todo era de oro, excepto hacia Sarn, donde empezaban los bosques y la gran extensión de agua gris que brillaba y se estremecía bajo el sol. Ni los bosques ni el agua tenían un aspecto sombrío en aquel buen tiempo primaveral, cuando las hojas brotaban y las copas de los abedules tenían el color del trigo. Solo nuestro robledal tenía siempre aire de otoño, ya que las hojas jóvenes eran muy marrones. Así que nuestro mayo siempre tenía un soplo de octubre. Pero era agradable sentarse en los prados y mirar hacia las colinas lejanas. Los alerces alzaban su verde intenso, y el oro de las primulas parecía meterse en el corazón, e incluso la laguna de Sarn no era más que una neblina azul junto a la neblina amarilla de las copas de los abedules. Y había tal quietud en el lugar que si pasaba una abeja silvestre, por no decir un abejorro, te sobresaltaba como si fuera un grito. Si ahora mismo una abeja entra por la ventana hasta el jarro con

flores de alhelí, lo veo todo con vívidos colores, con la laguna de Plash bajo el sol poniente, más allá del bosque, que parece un trozo dentado de vidrio de botella. La laguna de Plash era más grande que la de Sarn y no crecía ningún árbol a su alrededor, de modo que ahí donde no había colinas parecía que las nubes salían del suelo, y yo pensaba que eran como los nenúfares blancos que florecían alrededor de los márgenes de Sarn durante la mitad del verano. La laguna de Plash no era distinta de cualquier otra. Las aguas estaban quietas, no como las de Sarn, y ningún pueblo tocaba las campanas en sus profundidades. Los vecinos tenían razón cuando decían que en la laguna de Sarn había algo raro.

Los Beguildy vivían junto a la laguna de Plash, y en su casa, que era en parte cueva y en parte casa de piedra, aprendí a leer libros. Puede parecer raro que una mujer de mi humilde condición sepa escribir correctamente y poner tantas cosas en un libro. Y la verdad es que cuando yo era mocita pocas grandes damas sabían hacer algo más que escribir una carta de amor; algunas mujeres solo sabían escribir cosas como «membrillo y manzana» para ponerlo en las etiquetas de las mermeladas, y otras tenían grandes dificultades para escribir su nombre en el registro de matrimonio. Muchas han acudido a mí, una y otra vez, para que les escriba cartas de amor, y es una amarga tarea la de escribir las cartas de amor de otras mujeres con tu propio corazón ardiente.

Si no hubiera sido por el señor Beguildy, nunca habría podido escribir todas estas cosas. Él me enseñó a leer, escribir y hacer cuentas. Y aunque hablaban mal de él en los sermones y se decía que era capaz de hacer muchas cosas malas que yo no creo que pudiera hacer jamás, y aunque se ocupaba de cosas en las que no es bueno que nos inmiscuyamos, nunca olvidaré dar gracias a Dios por su ayuda. Me parece ahora una manifestación bastante rara de Su voluntad que metiera en la cabeza de Beguildy la idea de enseñarme. Porque no puede decirse que un brujo sea siervo del Señor sino, al contrario, un hombre de Lucifer. No es que Beguildy fuera malo, pero carecía

por completo de bondad, como si todo el bien hubiese quedado reducido a cenizas por el fuego de un pensamiento ardiente que quería entender y entrometerse en los misterios. En cuanto al amor, no conocía el significado de esa palabra. Era capaz de leer las estrellas y adivinar el futuro, y afirmaba que podía comunicarse con los espíritus. En una ocasión le pregunté dónde estaba el futuro, ya que podía verlo con tanta claridad. Me contestó: «Está con el pasado, hija, detrás del Tiempo». No había manera de derrotar al señor Beguildy. Pero se lo conté a Kester y no se lo creyó. Dijo que el pasado y el futuro eran dos lanzaderas en manos del Señor, el cual tejía con ellas la eternidad. Kester era tejedor, así que por eso lo veía de ese modo. Pero me parece que no podemos saber lo que son el pasado y el futuro. Somos unos seres tan pequeños e indefensos que la humanidad es como un niño en la cuna que mira a las estrellas, pero no sabe lo que son.

En cuanto aprendí a escribir, fabriqué un cuaderno con cubiertas de algodón y los domingos anotaba en él todos los buenos momentos de la semana para no olvidarlos. Si los días habían sido malos y amargos, también tomaba nota y eso me tranquilizaba. Así que cuando nuestro pastor, sabiendo todas las mentiras que se han contado sobre mí, me pidió que escribiera en una libreta todo lo que podía recordar y registrara la verdad y nada más que la verdad, pude refrescar la memoria con las cosas que fui apuntando domingo tras domingo.

Bien, ahora ya ha pasado todo, han desaparecido ya los problemas y las dificultades. El tiempo está en calma, como si fuera una tarde tranquila cuando los campos están nevados, el cielo adquiere un tono verdoso y las ovejas balan. Estoy sentada junto al fuego con una Biblia al alcance de la mano, soy una mujer mayor y cansada que tiene que cumplir una tarea antes de dar las buenas noches a este mundo. Cuando miro por la ventana y veo la llanura, el amplio cielo con nubes en las montañas, recuerdo los densos bosques de Sarn y los gemidos de la laguna cuando se helaba, y cómo el agua se

colaba bajo el armario de debajo de las escaleras cuando se inundaba todo con el deshielo. Ahí se veía poco cielo, excepto el que reflejaba la laguna; pero el cielo de la laguna no es el cielo verdadero. Es como un reflejo oscuro en un cristal, y las largas sombras de los juncos se alzan finas y agudas entre las estrellas, e incluso el sol y la luna pueden faltar en el paisaje, porque a lo mejor la luna se pierde entre las hojas de los nenúfares y alguna garza se interpone y tapa el sol.